

Sesión 01

La Catequesis en una pastoral misionera¹

Curso de Profundización para Catequistas
Delegación Diocesana de Catequesis de Huelva

Por D. Santiago Gómez Sierra, Obispo de Huelva

1. La llamada a una pastoral misionera

«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará [...] A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre [...] Impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos»².

Desde sus orígenes la Iglesia es misionera. El Señor encargó a los discípulos el anuncio de su Evangelio a todos los pueblos y hasta el fin del mundo. Sabemos que la salvación sólo viene de Dios por medio de Jesucristo, Salvador de todos los hombres. Los cristianos nos sentimos responsables de la salvación de nuestros hermanos.

Hace tiempo que los Papas nos están animando a intensificar este carácter misionero de la Iglesia. No podemos dudar de que esta llamada, tan insistente, sea una llamada del Espíritu Santo. Este fue ya el mensaje de fondo del Concilio Vaticano II. Así nos enseñaron también a entenderlo y vivirlo tanto San Juan Pablo II como el Papa Benedicto XVI y, antes, el San Pablo VI cuando en la exhortación *Evangelii nuntiandi* señalaba que «la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia [...] Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»³.

Ahora, el Papa Francisco, también siguiendo el impulso del Concilio Vaticano II⁴, nos ha vuelto a insistir con especial fuerza en *Evangelii Gaudium* (EG)⁵, llamándonos a una

¹ Cf. Conferencia Episcopal Española: *Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo*. Plan Pastoral 2016-2020.

² Mc 16, 15-18

³ PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 14: AAS 68 (1976), 13.

⁴ “Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre” FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus*, n. 4 (2015).

⁵ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, (24 de noviembre de 2013), AAS 105 (2013).

«conversión pastoral». Con palabras apremiantes nos ha invitado a inaugurar «una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría»⁶.

En España la Iglesia está también llamada por el Señor a una «conversión misionera». Las circunstancias históricas que estamos viviendo han hecho más difícil y más necesaria la claridad y la firmeza de la fe personal, la vivencia comunitaria y sacramental de nuestras convicciones religiosas. Como nos pide el Santo Padre «*Hace falta pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral misionera*»⁷.

Las Iglesia de España, y Huelva tiene un lugar propio, han sido misioneras y han contribuido notablemente a la expansión de la fe cristiana en el mundo, pero ahora, la llamada a la misión y a la evangelización tiene un carácter nuevo. Se trata de evangelizar también a nuestros conciudadanos, a los que viven junto a nosotros, a los que, estando bautizados, se han alejado de la vida eclesial, y a otros muchos, nacidos en nuestro país o venidos de fuera, que no han recibido el don de la fe.

En nuestra Iglesia diocesana y en la misma sociedad también están presentes el olvido de Dios y el debilitamiento de la fe, con lo que se oscurece y desconcierta la vida de las personas, de las familias y de los pueblos⁸. Con nuestra acción catequética queremos responder a la crisis espiritual que vive nuestro pueblo y ayudar a todos a mantener o a recuperar una fe viva en Jesucristo. Nos sentimos llamados y obligados a ofrecer a todos con humildad y sinceridad este tesoro que hemos encontrado, el conocimiento de Jesucristo, la fe en Dios Padre, la alegría de la gran esperanza que Dios tiene preparada para sus hijos. Debemos pedir a Dios que nos ayude a vivir «*el sueño misionero de llegar a todos*»⁹.

De este esfuerzo misionero desde la catequesis resultará también beneficiaria la pastoral vocacional, que ha de ser renovada e impulsada. Necesitamos sacerdotes, religiosos y religiosas, nuevas vocaciones, que siempre serán signos de la vitalidad de nuestras comunidades cristianas.

En el horizonte de nuestro compromiso misionero hemos de tener en cuenta a toda la comunidad cristiana. Los fieles laicos, vosotros catequistas, cristianos fervorosos, que participáis activamente en la vida de la Iglesia, en la oración y en la misión, aceptando con diligencia y generosidad las tareas que a corresponden en la actividad catequética. Los sacerdotes diocesanos que trabajan ya con abnegación y generosidad, que no pueden ausentarse de la catequesis. Las comunidades de vida consagrada que animan los diferentes aspectos de la vida cristiana. Todos debemos incorporarnos en este movimiento de renovación espiritual y misionero que el Señor nos pide en las actuales circunstancias.

La acción evangelizadora de la catequesis debe dirigirse especialmente a tres grupos de personas, que abarcan a la mayoría de nuestros conciudadanos:

→ **Los cristianos practicantes**, pero excesivamente rutinarios, cuyas actitudes no responden a las necesidades actuales de la Iglesia ni a las urgencias de la

⁶ Cfr. EG, n. 1

⁷ Cfr. EG, n. 15

⁸ BENEDICTO XVI, M. P. *Porta Fidei*, 10 oct. 2011, n. 2.

⁹ Cfr. EG, n. 31

evangelización. Es un grupo cada vez menos numeroso. Debemos ayudarles a pasar de la tibieza al fervor, «de manera que respondan cada vez mejor con su vida al amor de Dios»¹⁰.

- **El gran número de cristianos bautizados no practicantes**, más o menos alejados de la Iglesia, cada vez más afectados en su pensamiento y en su conducta por la influencia de la mentalidad secularista. Les tendremos que invitar a volver a la vida cristiana y eclesial de la que se alejaron, para que recuperen la alegría de la fe y se decidan a «vivir de acuerdo con el evangelio del Señor»¹¹.
- El creciente número de **conciudadanos que no han recibido el anuncio de Jesucristo**, que viven al margen de la Iglesia de Dios sin el don de la fe. Hemos de ayudarles a plantearse las preguntas que les sirva para buscar el sentido de la vida y acoger la salvación de Cristo, «no como quien impone una obligación, sino como quien comparte una alegría»¹².

Es urgente la tarea de promover en la diócesis y parroquias una pastoral que responda de verdad a las necesidades de los tiempos presentes y futuros. Queremos aprender a vivir como una Iglesia «en salida»¹³, para ir al encuentro de los que se fueron o de los que nunca han venido y mostrarles a Jesucristo. «*La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera*»¹⁴. En nuestra vida pastoral tenemos que ser «audaces y creativos» para renovar nuestras instituciones y actividades pastorales¹⁵, en las tres funciones de la misión de la Iglesia: el anuncio de la Palabra, la liturgia y el ejercicio de la caridad.

2. Una mirada de discípulos misioneros a nuestro mundo

No pretendo hacer un análisis exhaustivo, sino más bien acercarnos a la realidad social, espiritual y cultural de nuestra sociedad, como discípulos misioneros, con el fin de presentarles a los hombres y mujeres de nuestro pueblo el Evangelio con un lenguaje comprensible y en referencia a los sentimientos y preocupaciones que albergan en su corazón. Sin este esfuerzo de acercamiento espiritual y personal no puede surgir el diálogo evangelizador. Siguiendo los consejos del Papa Francisco hacemos este análisis con amor y misericordia, con realismo y esperanza, teniendo siempre presente el vigor renovador de la semilla del Evangelio¹⁶.

Para anunciar la Palabra de Dios hemos de ser «*contemplativos de la Palabra*», pero también tenemos que ser «*contemplativos del pueblo*»¹⁷, para saber cómo presentarles de manera comprensible y atrayente el Evangelio de Jesús. El Papa Francisco nos lo ha recordado vigorosamente: «*La predicación cristiana encuentra en el corazón cultural del*

¹⁰ Cfr. EG, n. 14

¹¹ Cfr. EG, n. 14

¹² Cfr. EG, n. 14

¹³ Cfr. EG, nn. 20-24.

¹⁴ Cfr. EG, n. 21.

¹⁵ Cfr. EG, n. 33.

¹⁶ Cfr. EG, n. 84

¹⁷ Cfr. EG, nn. 154-155.

pueblo una fuente de agua viva para saber lo que tiene que decir y para encontrar el modo como tiene que decirlo»¹⁸.

La acción evangelizadora es la misma en todas partes, pero adquiere caracteres diferentes según los lugares y según las necesidades y la condición de las personas a las que se dirige¹⁹.

Algunos rasgos que nos parecen más importantes en la descripción de la cultura dominante y de la mentalidad más extendida hoy en nuestra sociedad:

- **Poca valoración social de la religión**: en nuestro pueblo se ha difundido la idea de que la religión no tiene fundamento racional ni científico. Por eso las creencias religiosas son vistas como «opciones subjetivas», que no deben influir en la vida pública y colectiva. La religión puede ser respetada como una práctica personal, o como un bien cultural, mientras se mantenga estrictamente en el ámbito de las prácticas privadas de las personas. En la vida pública el silencio sobre Dios se ha impuesto como una norma indiscutible. Este silencio va produciendo una falta generalizada de aprecio y valoración del Cristianismo y de cualquier referencia religiosa, especialmente de las nuevas generaciones
- **Exaltación de la libertad y del bienestar material**: esta nueva cultura que se ha ido difundiendo en las últimas décadas tiene como valor fundamental la exaltación de la libertad individual, entendida como la capacidad y el derecho a disponer de los bienes materiales y de nosotros mismos según nuestras conveniencias. El programa ético y vital de las personas se reduce básicamente a estas convicciones: soy libre, tengo derecho a ser feliz, es conveniente respetar la libertad y el derecho a la felicidad de los demás. Esta valoración absoluta de la propia libertad lleva equivocadamente al convencimiento de que todo lo que deseamos es justo y nuestros deseos bastan para fundar verdaderos derechos e incluso la falsa pretensión de “rediseñar” la persona. Esta suprema valoración de la libertad da lugar fácilmente al subjetivismo y al relativismo, con lo que puede indisponer a las personas para valorar y vivir la fe como relación con Dios creador. Pero puede también favorecer una forma nueva de vivir el cristianismo, más personal, más convencida, más coherente.
- **Predominio de una cultura secularista**: en ausencia de las suficientes referencias religiosas, la cultura dominante, que inspira espontáneamente el comportamiento de las personas es más reducida a los datos y objetivos de la vida terrena, sin tener en cuenta a Dios. Se oscurece así en la conciencia personal la cuestión decisiva de la inmortalidad y de la salvación eterna de la propia vida.

En este proceso de secularización espiritual generalizada, muchos prescinden de la Iglesia como de una institución anticuada e inútil, cuando no falsa y perjudicial. Los problemas como las que plantean la natalidad, el aborto, la eutanasia, la educación o el paro, se discuten y se encauzan sin tener en cuenta la moral natural ni la Doctrina Social de la Iglesia. No pocos cristianos se van apartando de las enseñanzas

¹⁸ Cfr. EG, n. 139.

¹⁹ CONCILIO VATICANO II, DECRETO SOBRE LA ACTIVIDAD MISIONERA DE LA IGLESIA *Ad Gentes (AG)*, n.6

de la Iglesia y se dejan guiar por las opiniones del laicismo. La doctrina católica no es tenida como un referente social para las leyes ni para las costumbres de la gente. La gente va despojándose del comportamiento cristiano que consideran propio de situaciones ya pasadas y superadas, sin experimentar angustias de ninguna clase, con normalidad.

Esta innegable debilidad social de la Iglesia tiene también sus aspectos positivos en cuanto que nos ayuda a comprender mejor la verdadera manera de situarnos en el mundo de hoy, como verdaderos discípulos de Jesús, en la humildad, en la cercanía, y en la voluntad decidida de servicio²⁰. Y en esta debilidad brota, sin embargo, la necesidad del testimonio de una vida santa de los cristianos, como contribución necesaria para cualquier iniciativa evangelizadora.

→ **Del subjetivismo al relativismo**: la realidad ya no se ve primordialmente en su ser objetivo, sino en lo que es “para mí”, en lo que favorece o perjudica mis intereses y deseos, cada uno de nosotros es la medida y marca el valor de todo. Como si cada uno fuera el creador del mundo y pudiera asignar el ser o el valor de los acontecimientos, de las personas y de las cosas. Esta perspectiva subjetivista conduce a la que Benedicto XVI denunció como “dictadura del relativismo”²¹. Lo que es bueno para uno puede ser malo para otro. Lo que es bueno hoy puede ser malo mañana. Todo es relativo, todo es mudable, todo puede y debe estar en función de la percepción subjetiva de cada uno y de los intereses de las grandes instituciones y grupos sociales. Con esta sensibilidad se hacen muy difíciles los compromisos estables y la fe religiosa. Aunque sea con acentos diferentes, estos desafíos aparecen tanto en la ciudad como en los ambientes rurales²².

Hemos de mostrar a nuestros conciudadanos que la práctica de la virtud es beneficiosa para el logro de una vida verdaderamente racional y humana, sin la cual no se alcanza el ejercicio de la libertad que tanto ama el hombre actual.

→ **La cultura del todo vale**: esta manera de pensar relativista y subjetivista deforma profundamente la conciencia moral. Se establece como criterio moral decisivo el propio bien, los gustos y los deseos personales. En el mejor de los casos, la norma suprema del comportamiento llega a ser el consenso social. Los parlamentos se alzan con la presunción de decidir la frontera entre el bien y el mal. Si se pierde o difumina gravemente la diferencia entre el bien y el mal, se pierde también la diferencia entre lo legal y lo moral, lo cual conduce fácilmente al ciudadano a interpretar que lo legal siempre está moralmente permitido. La conciencia moral se seculariza y queda en las manos del hombre, sin referencia al Dios Creador y Providente. La vida humana, personal y colectiva, queda desarraigada, a la deriva, sin ningún anclaje divino ni absoluto. Surge así una sociedad cada vez más egoísta, en la que se impera el egoísmo de los más fuertes. La ley natural se ve sustituida por los acuerdos de los poderosos.

²⁰ Cfr. GS, n. 94.

²¹ BENEDICTO XVI, LUZ DEL MUNDO. *El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald* (Barcelona, 2010) 63-72.

²² Cfr. EG, nn. 71.74

La fe en Dios funda para siempre la verdad y la bondad de las cosas y marca las fronteras infranqueables de la mentira y del mal.

Por todo esto, en el mundo actual el cristiano tiene que decir “no” a muchas cosas. No a la idolatría del dinero, no a la injusticia, no a la acedia, no a las divisiones y conflictos, no al pesimismo, no a la mundanidad espiritual²³. Podemos, en cambio, aceptar muchos elementos positivos de nuestra cultura.

→ **Nuestra propia responsabilidad**: en el proceso de descristianización que afecta a la sociedad han influido sin duda causas objetivas, independientes de nosotros. Sin embargo, los cristianos, y más todavía los pastores de la Iglesia, tenemos que situarnos humildemente ante el Señor y pedirnos cuentas de nuestras responsabilidades en estos males que ahora lamentamos. ¿No hemos contribuido de una u otra manera al desconcierto del pueblo cristiano? ¿No hemos colaborado con nuestras acciones u omisiones al alejamiento de algunos cristianos de la Iglesia? Tenemos que revisar nuestra vida, actitudes y actividades, en la formación y educación de los niños y de los jóvenes, en la vida litúrgica, en nuestra disponibilidad, pero sobre todo tenemos que pedirnos cuentas del fervor de nuestra vida espiritual, y de la intensidad de nuestro amor al Señor y al prójimo. Es obligado que todos hagamos un sincero examen de conciencia. ¿Creemos de verdad en la eficacia y en la necesidad del Evangelio para el bien de nuestros hermanos? ¿Estamos haciendo todo lo posible para que nuestro pueblo crea en Jesucristo y viva con alegría la fe en Dios? ¿Acaso no hemos caído en la desconfianza, el desaliento, el conformismo, la comodidad, la pereza, el pragmatismo?²⁴. El Santo Padre nos ha alertado contra la tentación de la «*mundanidad espiritual*» que en las mismas actividades eclesiales y pastorales busca la propia satisfacción en vez de buscar sinceramente la gloria de Cristo y el bien del prójimo²⁵. El Papa Francisco nos ha advertido también del daño que pueden causar en el Pueblo de Dios nuestras divisiones, las críticas entre nosotros, la falta de mayor sencillez y de naturalidad en nuestras costumbres y actuaciones. Para que surja de verdad un impulso misionero en nuestra Iglesia y para conseguir en la vida social la credibilidad que necesitamos alcanzar, debemos ir por delante con un verdadero esfuerzo de renovación espiritual.

3. Razones para la esperanza

En una consideración creyente y realista de nuestro mundo vemos también muchas realidades positivas y buenos sentimientos que Dios con su gracia y la acción del Espíritu Santo hace crecer en los corazones de los hombres. No podemos dejarnos dominar por el pesimismo. «*¡No nos dejemos robar la esperanza!*»²⁶.

²³ Cfr. EG, nn. 53-104

²⁴ Cfr. EG, nn. 78-86.

²⁵ Cfr. EG, nn. 93-97.

²⁶ Cfr. EG, n. 86.

- La sensibilidad cultural actual tiene también aspectos positivos que preparan a las personas para la aceptación de la vida cristiana como un camino de verdadera salvación:
- La creciente valoración de la persona humana,
 - el gusto por la libertad,
 - la exaltación de la solidaridad,
 - la experiencia de la unidad del género humano,
 - la rebelión contra la injusticia y la intolerable pobreza de tantos millones de personas,
 - el amor y el cuidado de la naturaleza, la casa común del ser humano y regalo de Dios, que el Papa en su encíclica *Laudato si'* nos invita a vivir y fomentar desde la Doctrina Social de la Iglesia²⁷.
 - Tantos esfuerzos por la fraternidad y la amistad social, a los que nos convoca la reciente encíclica *Fratelli Tutti*.
- Por otra parte, la misma experiencia del mal que sufre el hombre cuando se aleja de Dios puede preparar una reacción de auténtica religiosidad. Tiene que llegar un día en que los que se fueron de la casa del Padre sientan la necesidad de volver. «*Me levantaré y volveré a la casa de mi padre*»²⁸. Con su buen sentido, la gente está ya viendo cómo el abandono de la Ley de Dios no trae la felicidad, sino que aumenta el sufrimiento.
- La crisis ha hecho ver a muchos que la vida sin Dios se deteriora sin remedio. Los buenos servicios de Cáritas, Manos Unidas y otras instituciones eclesiales han mejorado la imagen de la Iglesia. Conviene profundizar en el valor evangelizador de la caridad de la Iglesia y de los cristianos.
- Debemos tener en cuenta los valores que encierra la religiosidad popular, tan abundante en nuestra Iglesia diocesana, en especial la devoción a la Virgen María en sus numerosas advocaciones²⁹.
- Sin embargo, la razón fundamental y decisiva para nuestra esperanza es la fidelidad y el amor de Dios. Él es el principal protagonista de la historia de la salvación. Él nos ha prometido estar con nosotros hasta el fin de los tiempos para que podamos llevar a cabo la obra de la salvación «*Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*»³⁰. Tenemos la seguridad de que Jesús ha vencido al mundo, sabemos que Él, con la acción del Espíritu Santo, llega a los corazones de los hombres antes de que nosotros podamos pensar en ello. La obra de Dios está en marcha. El mundo camina hacia la consumación del Reino.

²⁷ FRANCISCO, Encíclica *Laudato si'*, 24 mayo 2015.

²⁸ Lc 15, 18.

²⁹ Cfr. EG, n. 90.

³⁰ Mt 28, 18-20.

Por otra parte, Dios sana constantemente la vida del mundo y enriquece sin cesar la vida de nuestras Iglesias. En ellas crecen nuevas realidades e iniciativas con sinceros deseos de fidelidad evangélica, de renovación personal y eclesial, de vida santa de oración y apostolado. En las parroquias hay siempre grupos fervorosos y entusiastas que colaboran en la vida litúrgica, en la catequesis, en el ejercicio de la caridad. En las diócesis contamos siempre con la oración y la ayuda variada de las personas consagradas en múltiples tareas. Son dones de Dios a su Iglesia y a nuestro mundo. Tenemos que tenerlos presentes y contar gustosamente con ellos.

El recuento de estas dificultades no produce en nosotros miedo ni desaliento. Sabemos que todos los tiempos han sido difíciles para la evangelización y para la Iglesia. El anuncio del Evangelio encuentra en el mundo la resistencia del pecado, con la complicidad de nuestras propias debilidades y pecados. Pero por encima de todo nos mueve el amor de Dios, la obediencia al mandato del Señor y la solicitud por el bien de nuestros hermanos.

En cualquier caso, la verdadera razón y la motivación profunda de la conversión misionera que Dios nos pide por medio de su Iglesia, es el amor a Dios, a Jesucristo y a nuestros hermanos. Tenemos que hacer nuestros los sentimientos de San Pablo: «El amor de Cristo me apremia»³¹. La misión nace de un amor apasionado por Jesús y de un gran amor por nuestra gente.

Con la confianza puesta en el Señor, hacemos nuestras las palabras del Papa: «*Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!*»³².

4. Catequistas misioneros

Tenemos que aprender a vivir todos como miembros de una Iglesia verdaderamente misionera. Sois catequistas misioneros. Un efecto del gran cambio cultural que estamos viviendo es la ruptura del modo tradicional de la transmisión de la fe de padres a hijos. En la situación actual la catequesis debe partir de la convicción de que en cada generación es necesario volver a aprender de raíz los rudimentos de la fe y de la vida de la Iglesia.

Hoy es necesario redescubrir el catecumenado. Este era el camino originario y específico para llegar a ser cristiano y para la iniciación eclesial. También ahora el Bautismo, junto con la Confirmación y la primera Eucaristía, tienen que constituir un proceso de verdadera iniciación a la vida cristiana.

La catequesis en una pastoral misionera no puede tener otro camino que el primer anuncio o Kerigma. Deben recordar la frase preciosa de San Pablo VI: «*No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino y el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios*» (EN 22). Debemos centrarnos en los contenidos esenciales de la vida cristiana. Para niños y adolescentes son fundamentales los catecismos de la Conferencia Episcopal Española: *Mi encuentro con el*

³¹ 2 Cor 5, 14.

³² Cfr. EG, n. 109

Señor. Los primeros pasos en la fe, Jesús es el Señor y Testigos del Señor, con sus correspondientes guías didácticas para los catequistas.

Propio de la Iniciación Cristiana es iniciar también a la vida litúrgica y a la oración. Debemos impulsar la participación continuada de los sacramentos; particularmente, la Eucaristía dominical y el sacramento de la Penitencia son esenciales para mantener una vida cristiana vigorosa.

También se debe buscar asociar a la familia de los niños y adolescentes a la catequesis. Es una oportunidad para una pastoral misionera. Intentemos convertir estas ocasiones en un tiempo propicio para iniciar una relación evangelizadora, ofreciendo a los padres un camino de profundización en la fe y de redescubrimiento de su vida cristiana.

Si queremos ser una Iglesia que se preocupa de engendrar nuevos cristianos, la ayuda que los catequistas y la comunidad cristiana está llamada a prestar a niños, adolescentes y jóvenes es tal que la asimilaría a la figura de una *“familia de acogida”*, como ámbito imprescindible para que puedan desarrollar una existencia cristiana. Para ello, el catequista debe mostrarse cercano, dialogante, paciente y acogedor, porque es testigo del amor que proclama.

Además, es imprescindible la experiencia de Dios por parte de los evangelizadores. Los catequistas deben integrarse en una comunidad o grupo de vida cristiana, en el cual profundizan en el conocimiento de la Palabra de Dios, llevan una vida sacramental y de oración, y avanzan en el propio proceso de conversión al Evangelio, con el deseo sincero de ayudar a otros a encontrar a Jesucristo.